

EDUCACION EN ALIMENTACION Y ACTIVIDAD FISICA

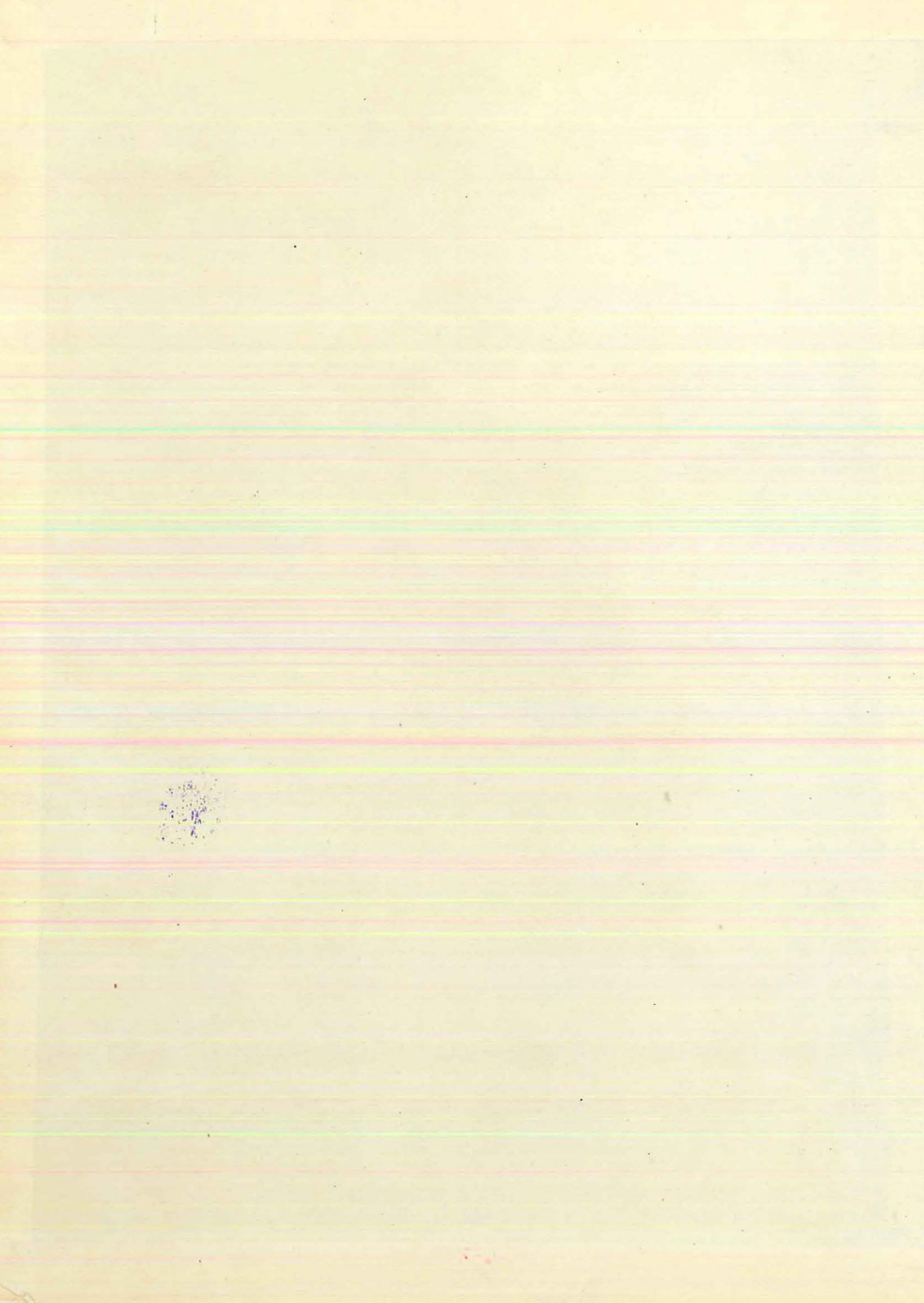


# Leon Débil 4

EN-9

DOS PERRITOS HERMANOS

libro de lectura





Sig. ALC/358

R-2343

# León Débil 4

## LOS DOS PERRITOS HERMANOS

### LIBRO DE LECTURA

por

OSCAR MELENDEZ DE ARBAS-MARTIN



SIGN.: D 11865 SEGUNDA EDICION

R.: 4528242



MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL  
(•B. O. » núm. 71, de 3-9-1962)

O. M de 7 de agosto de 1962 por la que se declara aprobada para ser utilizada en las Escuelas de Enseñanza Primaria.

Ha sido de interés en el programa de Educación en Alimentación y Nutrición por el Consejo Técnico Nacional de dicho sector educativo.

Depósito Legal M. 15.713 -1962

EDITORIAL OSCAR, S. L.  
Colomer, 7  
MADRID - 2

# LOS DOS HERMANOS

LIBRO DE LECTURA

ROSA MATEO DE AGUIRRE

SEGUNDA EDICIÓN

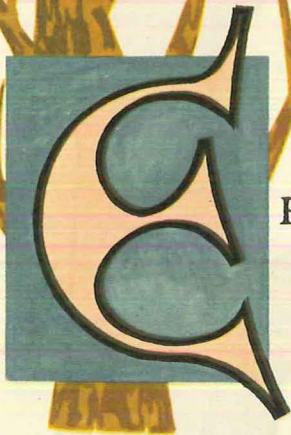
EDICIÓN DE LA EDITORIAL

Este libro es propiedad de la Editorial y no puede ser reproducido ni distribuido sin el consentimiento expreso de la misma.

IMPRESO EN ESPAÑA

EDITADO POR LA EDITORIAL





ERA jueves. Una tarde deliciosa. No había colegio. Carlos y Julio decidieron dar un paseo por las afueras del pueblo. Andando y hablando, llegaron muy cerca del bosque. Julio se cansaba, y los dos se sentaron a la sombra de un árbol.

De pronto, oyeron ladridos. Fuertes y atronadores al principio. Después... suaves.

—Es allí, vámonos—dijo Carlos.

Y dando un salto salió disparado hacia una casita de troncos de madera, situada en el lindero del bosque.

Julio, jadeante y sudoroso, siguió a su amigo, fuerte y enérgico.





## UNA PERRA DEFIENDE A SUS DOS CACHORRILLOS

**P**RONTO se ofreció a sus ojos un espectáculo horrible. Un lobo, enfurecido y hambriento, acosaba a una blanca y hermosa perra, que defendía valientemente a sus dos cachorrillos de las dentelladas del feroz lobo.

Sus afilados dientes, después de una lucha tenaz, se clavaban en el cuello blanco de la vigorosa perra, que, con ojos desorbitados, dejaba escapar su último y débil quejido, mientras cubría con su cuerpo a los dos perritos.

Carlos, sin pensarlo, rápido y enérgico, cogió una enorme piedra, arrojándola con todas sus fuerzas contra el fiero lobo.

El lobo soltó su presa y, al verse acosado por el niño, salió de la casa dando trepidantes aullidos, desesperado por no haber conseguido su propósito.







## LOS DOS PERRITOS, EN MANOS DE CARLOS Y DE JULIO



A alimaña, en su precipitada huida, tropezó, casi derribándole, con un anciano leñador, el señor Juan, dueño de la casa de troncos de madera y amo de la hermosa perra blanca y de los dos cachorros, que, con su hacha al hombro, volvía de su quehacer diario.

El leñador, rehecho de su asombro, se dirigió al niño, viendo con júbilo que nada le había sucedido.

Carlos, nervioso, aunque con aire de victoria, refirió con rapidez al anciano por qué había entrado a su casa y lo que acababa de ocurrir.

Inmediatamente se dirigieron a socorrer a la valiente perra, sin que pudiesen hacer ya nada por ella, pues había muerto por defender a sus hijos, que, pequeñitos, sin percatarse de su desgracia, chillaban gozosos, relamiendo con cariño el cuerpo inerte de su madre.

Carlos, todavía despavorido, salió en busca de su amigo Julio que, trémulo y encogido, sacó la cabeza de entre unos matorrales, donde había estado escondido. Después de sacarle, pues Julio no tenía fuerzas ni para salir, Carlos volvió con él a la casa de troncos de madera, para despedirse del anciano que, sen-





W. van der...



tado junto a la perra, tenía sobre sus piernas a los dos cachorrillos.

El leñador, dirigiéndose a los niños, les dijo:

—Gracias a vosotros, el lobo no ha matado también a estos perritos. Yo no puedo cuidarlos porque me paso todo el día en el bosque. Os los regalo. Cuidarlos muy bien y de vez en cuando venid a enseñármelos. Estoy seguro que se criarán como su madre, fuertes y hermosos. ¿Los aceptáis?

Los niños los cogieron en el acto, y después de agradecerse al leñador, regresaron a sus casas llevando cada uno su perrito, ambos blancos, gordinflones y peludos. Parecían de juguete.



## LA NUEVA AVENTURA DE LOS DOS ANIMALES



JULIO vivía en el centro del pueblo, en una de las casas más importantes. Carlos, en las afueras, en una casita muy modesta, con una pequeña huerta, que cuidaba su padre todos los días, al regreso del trabajo, y de la cual obtenía verduras, hortalizas y frutas, que venían a completar la comida de la familia.

Julio y Carlos contaron a sus padres su aventura y les mostraron, satisfechos, el cachorrillo que el leñador les había regalado para que le cuidasen.

Los padres, después de salir de su asombro, riñeron a los niños por alejarse tanto del pueblo, hasta cerca del bosque. No debían haberlo hecho.

Después, al cerciorarse que no les había pasado nada y comprobar que el perrito era el premio de su buena acción, acariciaron a los niños y aceptaron que pudieran tener el animalito en casa.

Y aquí empezó la nueva aventura. Los perritos, aunque muy bonitos, eran tan pequeños que apenas si sabían andar. No podrían criarse sin su madre.

Efectivamente. Nada más que soltarlos en el suelo, empezaron a aullar, a lanzar ladridos lastimeros. Parecía que lloraban, como niños recién nacidos.



## LA PRIMERA NOCHE EN CASA DE JULIO



JULIO dijo a su papá:

—Mira, papá. El perrito está llorando.

¿Qué le pasará? ¿Se acordará de su madre?

—No sé, hijo mío, lo que puede tener tu perrito. ¡Qué pena! Yo creo que tiene hambre. ¿Pero cómo darle de comer?

En seguida intervino la mamá de Julio.

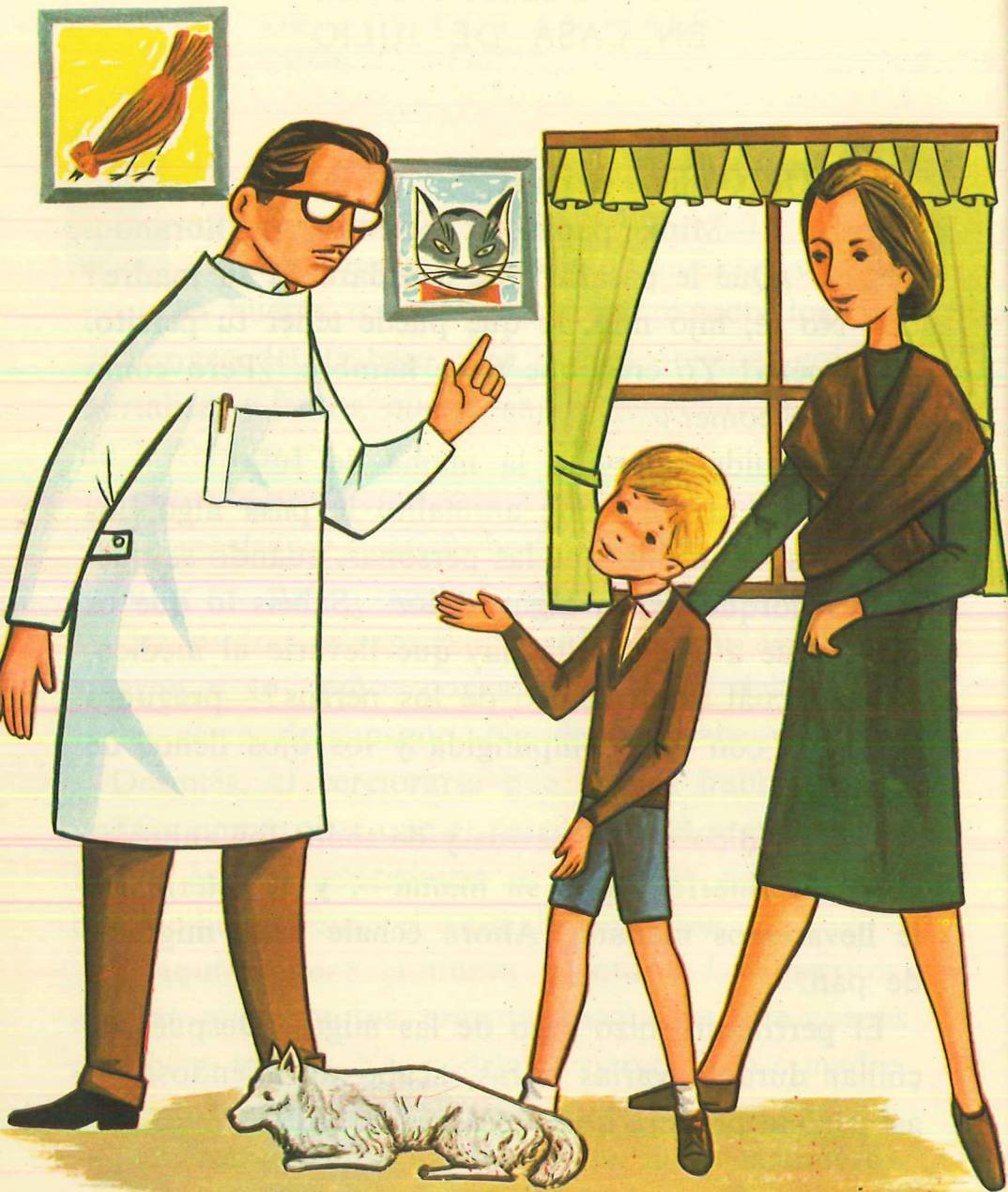
—Desde luego a este animalito le pasa algo, los animales, lo mismo que las personas, cuando se quejan es porque tienen algún dolor. ¿Sabéis lo que os digo? Que a este perrito hay que llevarle al médico.

—¿Y cuál es el médico de los perros?—preguntó Julio, ya con voz compungida y los ojos llenos de lágrimas.

—El médico de los perros y de todos los animales es el veterinario —dijo su mamá—, y al veterinario le llevaremos mañana. Ahora échale unas miguitas de pan.

El perrito no hizo caso de las migas. Después de chillar durante varias horas, acabó durmiéndose. Y así pasó la primera noche en casa de Julio.





## EL PERRO QUE TUVO SUERTE



ARLOS, por el contrario, después de recibir con respeto el regaño cariñoso de sus padres, salió corriendo con su perrito en brazos.

Se fue al establo de su «Parda», la vaca de la casa, que él sabía cuidar. En un bote ordeñó un poco de leche, buscó un biberón viejo, de su hermanito, lo limpió bien, lo mismo que el bote, y luego, colocando al cachorrillo entre sus piernas, le hizo tomar buenos sorbos de leche.

El perrito, muy inquieto y moviendo mucho el rabo, quiso comerse la goma del biberón. La mordía y la soltaba. Después, poco a poco, empezó a chupar, y, una vez que aprendió, en dos o tres sorbos se tomó todo el biberón.

Después, más tranquilo, ya con el estómago lleno, lanzó unos aullidos agudos, como si le diese las gracias al niño, y se durmió feliz. Roncaba como un bendito.

Carlos quedó gozoso viendo a su perrito feliz. Volvió con él ya dormido a su casa. Pidió a su madre un cascabel, el que había tenido antes un gato, y se lo colocó con un lazo. Se lo dejó un momento a su hermanito, y, mientras, en un cajón, preparó la cama del perro. Y allí le acostó.







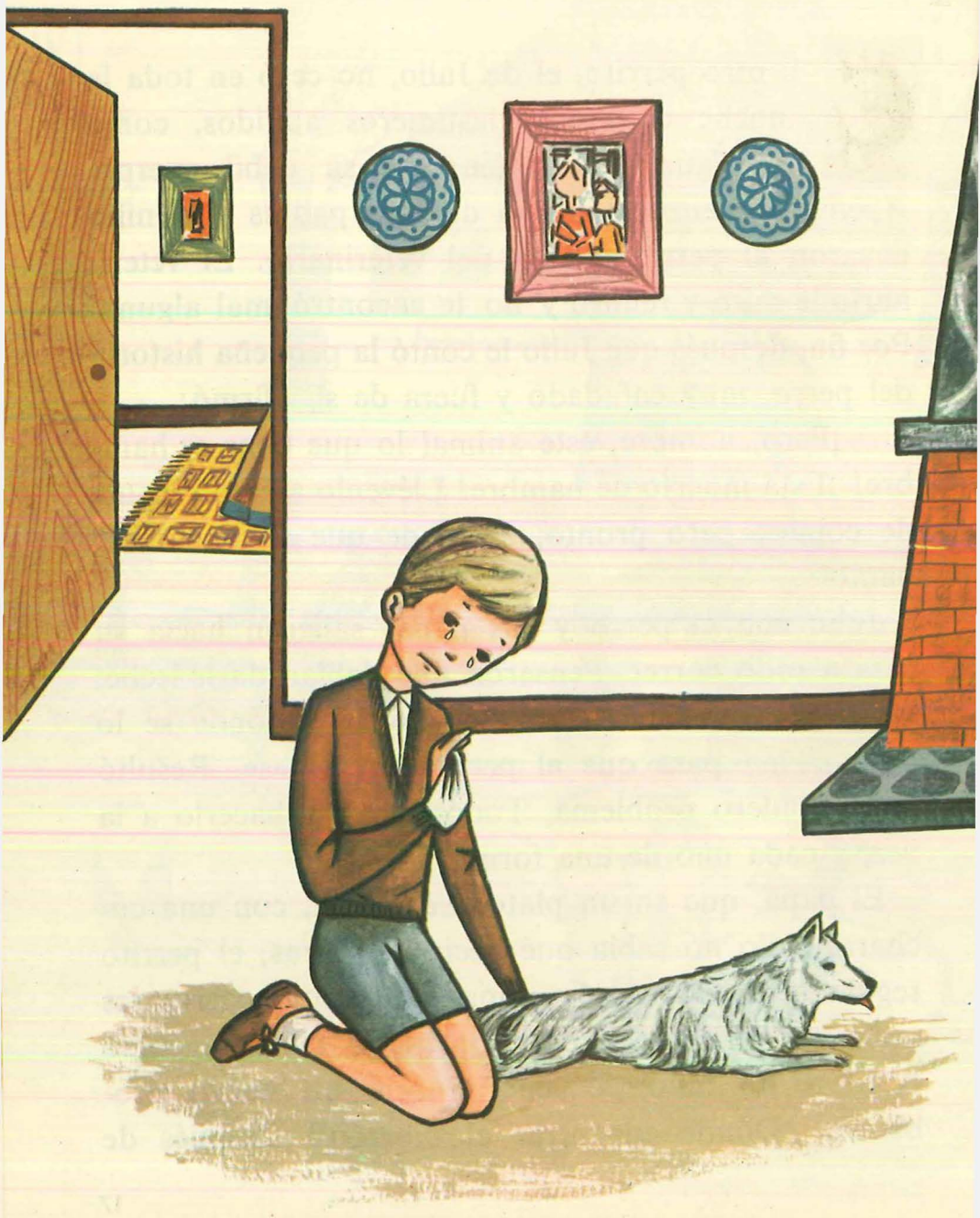


El otro perrito, el de Julio, no cesó en toda la noche de lanzar lastimeros aullidos, como si algún dolor atenazase su débil cuerpo. Apenas comenzó el nuevo día, los padres y el niño llevaron al perrín a casa del veterinario. El veterinario le miró y remiró y no le encontró mal alguno. Por fin, después que Julio le contó la pequeña historia del perro, muy enfadado y fuera de sí, afirmó:

—¡Pero, hombre, este animal lo que tiene es hambre! ¡Está muerto de hambre! Llévenlo a casa y denle de comer; pero pronto, antes de que se muera de hambre.

Julio con el perro y sus papás salieron hacia su casa a todo correr. Pensaron que debían darle leche. Y surgió un nuevo conflicto. Cómo y dónde se lo prepararían para que el perrito la tomase. Resultó un verdadero problema. Todos querían hacerlo a la vez, y cada uno de una forma.

El papá, que en un plato. La mamá, con una cuchara. Julio no sabía qué decir. Mientras, el perrito seguía aullando. Al fin, una vecina compasiva les indicó la manera de hacerlo: en un biberón, como si fuese un niño pequeño. Surgió un nuevo problema. ¿Dónde encontrar el biberón? Después de





discutir sin ponerse de acuerdo, la buena vecina les prestó uno que tenía usado, ya lleno de leche.

La misma vecina se lo tuvo que dar al perrito. El animalito, aunque mal, tomó la leche y cesó en sus aullidos.

A causa de todas estas incidencias, el padre llegó tarde a su trabajo, la madre quedó disgustada y Julio no fue al colegio.

Julio se pasó todo el día con el perro en brazos, sin dejarle descansar. El cachorrillo, a mediodía, bebió muy poca cantidad de leche. Tanto Julio como su madre no pudieron dársela. Una parte cayó al suelo y otra se derramó por su cabeza y cuerpo.

Cosa parecida ocurrió por la noche, ya con la presencia del padre. Inmediatamente se planteó el problema del dormir. Dónde y cómo debía pasar la noche el perrito. También había división de opiniones. El papá decía que en la carbonera; la madre, que en una cesta con trapos. Julio, que en su cama con él.

Por fin, ante los lloros y sofocos del niño, prevaleció su criterio... Y el perro durmió con él. Decimos durmió por decir algo. La verdad es que el pobre perrito tampoco pudo descansar. Julio tenía muy mal dormir. Daba muchas vueltas y, con tanto movimiento, el animalito iba de un sitio a otro. Más de una vez estuvo en peligro de asfixiarse.

## LEON, EL PERRO AFORTUNADO

**P**ASARON algunos días.

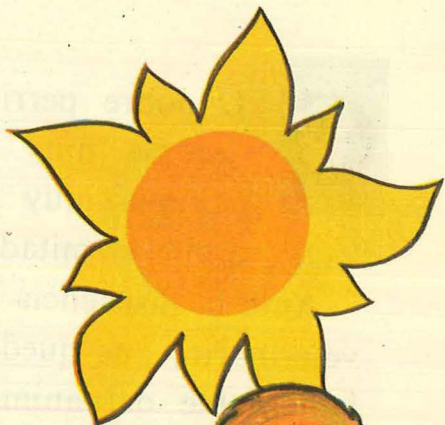
El perrito de Carlos crecía y se desarrollaba muy bien. Los primeros días tomó leche únicamente, que Carlos le daba en el biberón. Días después, el niño pensó que era preciso habituar al perrito a consumir otros alimentos. Empezó por añadirle un poco de pan. Probó una tarde. Del pan de su merienda sacó la miga, que mezcló con la leche. El perro se lo comió todo, sin dejar una brizna. Carlos, loco de contento, aplaudió cuando el perro relamía el plato vacío.

—Eres un gran perro. Serás fuerte y grande como un león. ¡Ah!, éste será tu nombre: «León». Estoy seguro de que, comiendo como hasta ahora, te harás digno de este nombre.

Carlos era plenamente dueño de su perro. Solamente se lo enseñaba, de vez en cuando, a sus hermanitos, más pequeños que él, para que viesen cómo crecía, pero sin dejárselo, para que el perro se criase así fuerte y robusto. Sin mimos.

Los padres, muy atareados con sus quehaceres, responsabilizaron a Carlos del perro, sin intervenir para nada, y sólo ponderaban, para animar y estimular al niño, el desarrollo espléndido del animal.





## «DEBIL», UN PERRO SIN SUERTE



L pobre perrito de Julio, por el contrario, estaba muy triste y no progresaba nada. Comía muy poco. Cada vez que le daban leche, tiraba la mitad. Daba pena verle.

Ante la insistencia del niño, volvieron a llevarle al veterinario, que quedó sorprendido ante la situación lamentable del animalito.

—Debes cuidarle mejor, Julito —dijo el veterinario—. Lo que tiene este animal es hambre. No es débil de constitución, ya que su naturaleza es fuerte. Está débil porque no come lo que necesita. El animal tiene que comer y ya indiqué lo que tienen que hacer.

Julio, animado por los consejos del veterinario, se imaginaba ya que su perrito comería mucho y que llegaría a ser fuerte y hermoso, como ningún otro perro, y mucho más que el de Carlos.

Pero su madre, que acompañó al niño, le repitió hasta tres veces, mientras regresaban a su casa:

—Convéncete, Julito, que el perro está débil. Lo que tiene que hacer es comer. Con los llantos no se resuelve nada. Está débil y hay que cuidarle.

La palabra «débil» se fijó en la mente de la madre y del niño y, sin quererlo, se la aplicaron al pobre animal, y con «Débil» se quedó como nombre.





## EL LEÑADOR, SORPRENDIDO ANTE «LEÓN»



TRANSCURRIDO un mes, cuando Carlos jugaba con su «León» a la puerta de su casa, pasó por allí el leñador. El anciano se alegró mucho de este encuentro, y viendo al perrito tan gordinflón y tan hermoso, dijo al niño:

—¿Pero es posible que éste sea el perrito que hace unos días no podía ni andar ni apenas comer?

—Sí, señor; éste es. Le llamamos «León». Podrá con todos los lobos que se le presenten.

—¿Pero qué come? ¿Qué le das, chiquillo, para que esté tan fuerte?

—Pues le doy mucha leche, toda la que quiere... Y pan. Ha costado mucho los primeros días, pero ya come de todo. Da gusto verle comer.

El perrín, llevado por la novedad, aunque parecía por el recuerdo, soltándose de las manos de Carlos, se fue a los pies del buen leñador, agarrándole con los dientes el pantalón.

—Suelta, briboncete. ¡Qué suerte has tenido! A mi lado no te habrías criado así, tan...

El anciano, emocionado, no llegó a terminar la frase. Se agachó y cogió a «León», con intento de disimular sus lágrimas, y le levantó a lo alto.





El animal, como queriendo corresponder a la emoción del anciano, chillaba de gozoso, mordisqueándole en las manos y en la cara.

—¡Cuidado, «León»! Es tu antiguo dueño —advirtió el niño al perro.

—No te preocupes, chaval. Son caricias.

Y para cambiar la escena, agregó al muchacho:

—Dices que le has criado con leche. ¿Por qué?

—Le doy leche porque es el alimento completo de la Naturaleza. Es decir, tiene las seis sustancias nutritivas que se necesitan para estar bien alimentado. Proteínas, carbohidratos...

—Bien, bien —dijo el leñador sin dejar terminar al niño—. ¿Y dónde aprendiste tú eso?

—¿Dónde va a ser! En la escuela. No he hecho más que aplicar a «León» todo lo que nos enseñan sobre la alimentación, y el resultado, como verá, no puede ser más bueno, y me alegro de haberlo aprendido.

—Perfecto, amiguito. ¡Quién fuera niño para aprender esas cosas que ahora os enseñan! En mis tiempos no sucedía así. ¿Y el otro perrito, también está igual?

El niño no contestó. Recuperó a «León» de los brazos del leñador y dijo al señor Juan:

—¿Quiere que vayamos a verle? Está muy cerca.

El buen hombre accedió, y, seguidos de «León», que saltaba satisfecho, llegaron a casa de Julio.



## UN ENCUENTRO DE FATAL CONTRASTE



UANDO estaban llegando a la casa, Carlos se adelantó para avisar a Julio. Este, seguido de su madre, salió a la calle llevando en brazos a su perrito.

El leñador quedó a cierta distancia entretenido con los saltos y piruetas que «León» daba y hacía a su alrededor. Al oír hablar al niño volvió la cabeza.

Al contemplar el otro animal, el anciano quedó estupefacto y, sin poderlo remediar, se le escapó:

—¡Uy! ¡Qué pena!

Después, al fijarse en la cara compungida del otro niño, quiso enmendar, con ternura y mimo, su primera desagradable impresión, y que tan espontáneamente había manifestado.

—¿Qué le pasa al perrito?

—No sabemos, señor —contestó Julio—, pero mi perro era más pequeño que el de Carlos y por eso sigue siendo más chico y se cría peor.

—Vaya, vaya. ¡Pobrecito!—repetía el leñador, que, sin salir de su asombro, acariciaba al perro, inmóvil en los brazos de Julio, mientras que «León», juguetón e inquieto, seguía mordisqueando una y otra vez los bajos del pantalón.

Era una escena de contraste tan tremenda, mirando a uno y otro perro, que se estaba traduciendo en silencios prolongados y monosílabos sin sentido.

La situación, que de puro emotiva resultaba ya violenta, la resolvió uno de los niños. Fue Carlos.

—Sí. Julio también quiere mucho a su perrito, pero no se le cría bien.

—¿Y eso? —preguntó el señor Juan.

—Porque «Débil» no quiere comer...—respiró, gimiendo, Julio—. Yo le pongo mucha comida.

—¿«Débil»?—advirtió el leñador.

—Sí—contestó la mamá de Julio—. Es su nombre, aunque no nos gusta. Pero como es así, débil, como nos dijo el veterinario, con ese nombre se ha quedado. Cuando se ponga fuerte, que se pondrá, ya le daremos otro nombre.

—Pues el mío se llama «León» —replicó Carlos.

—Pero es que ese perro es mucho más viejo —dijo Julio.

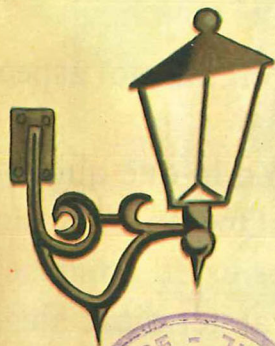
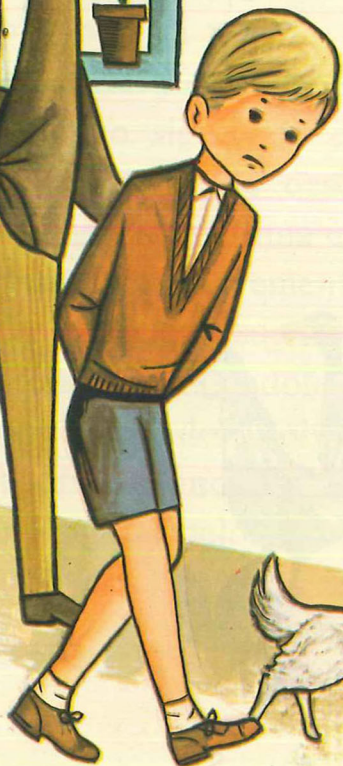
—No, amigo Julio, eran exactamente iguales cuando hace un mes nos los dio el señor Juan. No te enfades, pero esta es la verdad.

—Así es, agregó el leñador.

—Pero también es verdad—repuso la madre de Julio—que Carlos ha tenido más suerte. Cogió el mejor y así se le cría. Eso no tiene ningún mérito.

—No cogió el mejor. Yo se los di, y entonces te-





nían el mismo aspecto. No se distinguían uno de otro.

—Yo lo que quiero—dijo Julio—es que mi perrito viva. Que no esté así. Que juegue y corra como el de Carlos.

Y al terminar de hablar echó a llorar desconsoladamente.

Su madre se dirigió al niño para acariciarle y acallar su llanto, encaminándose con él hacia la casa, dando así por terminado, con cierto disgusto, este encuentro con el leñador y Carlos.





## EL LEÑADOR FELICITA A CARLOS



L señor Juan, hombre recto y noble de corazón, sintió en su alma lo que acababa de suceder, y, sobre todo, las lágrimas de Julio.

Se despidió de la madre y del muchacho y acarició a «Débil», animando a Julio para que cuidase al animal.

Después, ya solos, felicitó a Carlos por ser un niño eficaz y útil en la vida, como lo demostraba en sí mismo y con su perrito «León», valiéndose él solo para cuidarle y tenerle tan fuerte y tan hermoso.

El anciano siguió su camino hacia las gestiones que le habían traído desde el monte al pueblo, no sin antes hacer su última caricia a «León», frotándole y golpeándole suavemente su cuerpo lanudo.

Carlos tuvo que sujetar a «León» que, instintivamente, correspondiéndole en el cariño, se empeñaba en seguir al leñador, volviendo los dos, a carrera tendida, a casa, cuando ya el sol alargaba sus sombras en una longitud colosal.

## JULIO HACE PROPOSITO DE ENMIENDA



PENAS habían marchado el anciano y Carlos cuando regresó de su trabajo el padre de Julio.

El niño estaba llorando, con «Débil» entre sus brazos y la madre al lado, secándole las lágrimas e intentando consolarle.

El padre, aunque se lo imaginaba, preguntó lo que sucedía.

—Qué quieres que suceda —contestó la madre—. Carlos ha estado aquí con su perro y dice que era igual a «Débil» cuando se los dio el señor Juan. Y, como no es verdad, el niño se ha disgustado.

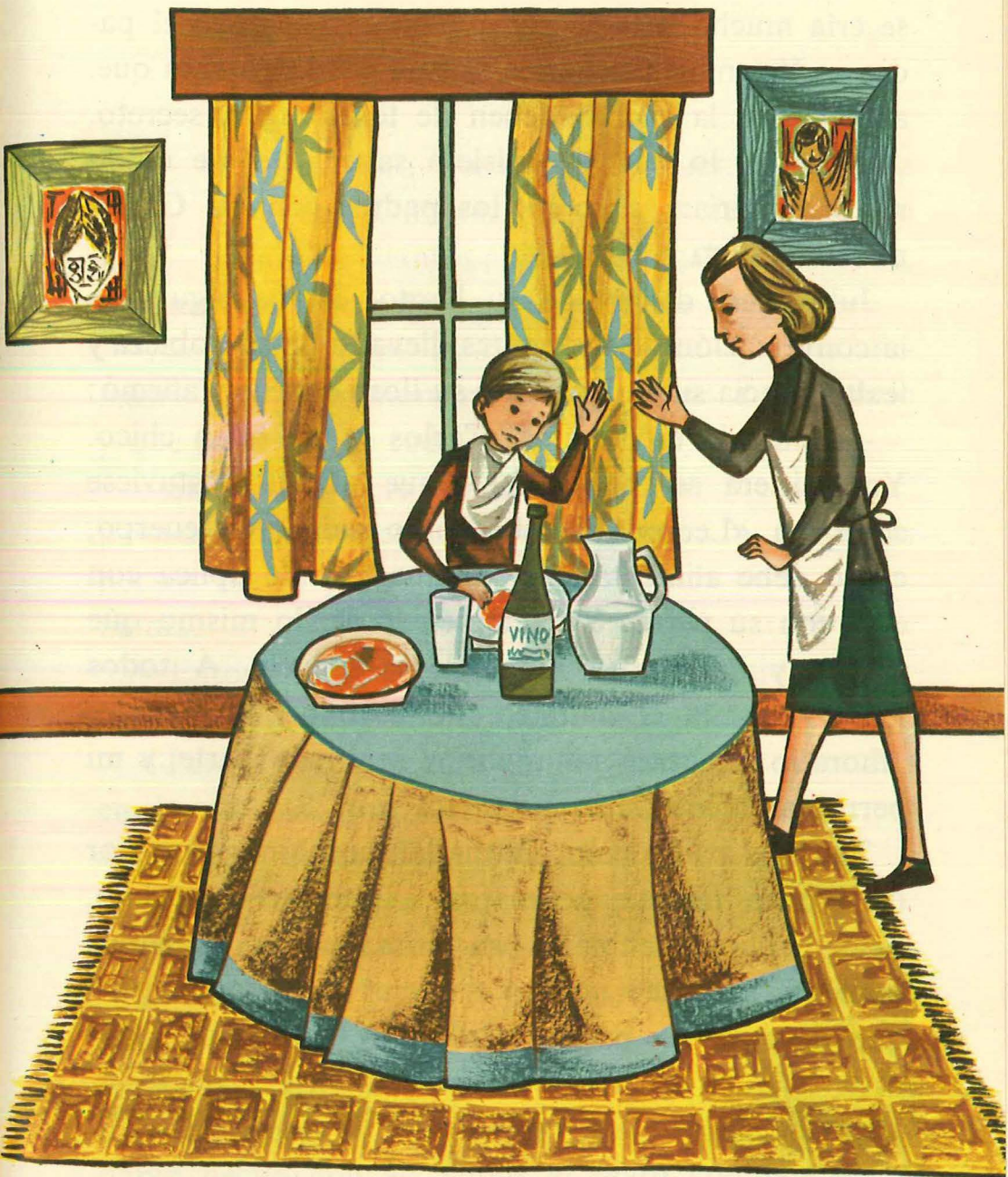
—Pues yo creía también —dijo el padre— que eran iguales. ¿Es que ahora no lo son?

—Ni muchísimo menos —siguió la madre—. Es mucho más grande, más fuerte, el de Carlos. Pero eso se debe a que el señor Juan le dio el mayor. Y nada más.

—¡Vaya por Dios! ¿Y qué hace Carlos para que su perro haya crecido tanto?

—Nada—continuó la madre—. ¿Qué quieres que haga? Que él, lo mismo que sus padres, tiene mucha suerte. A él le ha salido un perro bueno, y a nuestro hijo, esa calamidad.





—Pues Carlos también, como dices de su perro, se cría mucho más fuerte que Julito —agregó el padre—. Y también tienen la misma edad. Yo creo que, además de la suerte, deben de tener algún secreto.

—Eso es lo que yo quisiera saber. De ese modo no presumirían tanto ni los padres con su Carlos ni éste con su perro.

Julio que, dentro de su llanto, estaba siguiendo la conversación de sus padres, llevado de su nobleza y lealtad hacia su amigo, cortó su lloro en seco y afirmó:

—Nada de eso, mamá. Carlos es un buen chico. Yo quisiera ser como él, y que «Débil» estuviese como su «León». El sabe cómo cuidar su cuerpo, cómo debe alimentarse, y lo que sabe lo aplica con él y con su perro. Yo también lo sé, lo mismo que Carlos y los demás niños de la escuela. A todos nos lo enseña el maestro. Pero yo no lo cumplo. Ahora lo empezaré a cumplir. Y seré más fuerte, y mi perro también. Os lo prometo.

Tanto el padre como la madre, como movidos por un mismo resorte, acudieron a abrazar a su hijo. Este había descubierto su corazón, su auténtica realidad, su deseo noble de querer lo bueno..., pero que después no podía y hacía lo contrario.



## PERO EL PROPOSITO DURO DOS HORAS



así fue, sólo dos horas después. A la hora de cenar. Una vez más, como siempre, Julio rehusaba cuantos alimentos llegaban a la mesa, excusándose, entre lloros, por motivos fútiles.

—Pero, hijo mío—le dijo la madre—, ¿no afirmaste hace unos momentos que ya ibas a ser bueno y que comerías de todo?

—Sí, mamá, pero ya sabes que no me gusta el pescado, ni las verduras, ni la leche. Y todas las noches me lo pones para cenar. Tienes tú la culpa, mamá.

—Entonces ¿qué es lo que quieres?, hijo mío.

—Pues lo de siempre: chocolate y unos bollos.

—Pero si esos, según tú nos dices que aprendes en la escuela, son alimentos falsos. Que son muy agradables al paladar, pero que no nutren.

—Sí, mamá, pero son los que a mí me gustan. El padre permaneció callado.

La madre, para que el niño por lo menos comiese algo, fue por el chocolate y unas galletas.

Apenas terminó para Julio la aparente cena, el niño hizo con su «Débil» lo mismo que su madre había hecho con él. Suplir el plato con pescado y

patatas que le habían puesto, con unas migas de pan y unos trocitos de chocolate.

Así es como en realidad, después del propósito de la enmienda, pensaba Julio ponerse fuerte como Carlos y hacer de su «Débil» un «León».





## DECISION DE CARLOS Y DEL LEÑADOR



QUELLA noche, Carlos, que nada refirió a sus padres y hermanos, y el señor Juan, solo en su casa de troncos de madera, tardaron mucho en conciliar el sueño. No se les iba de la cabeza la imagen de Julito con «Débil» en brazos.

Pero si la escena era la misma, el enfoque fue distinto. Carlos se centraba en «Débil», el hermano de su «León», y el leñador, en el niño, en Julio, el hijo único, junto a su madre.

A los dos les obsesionaba el resultado análogo que preveían, según el enfoque de cada uno: un desenlace fatal. Porque las circunstancias eran, asimismo, semejantes: «Débil» apenas si comía de la abundante comida que le ponía Julito, y éste procedía igual con la comida que, con todo mimo, le proporcionaba su madre, también sin orden ni concierto, llevada de su cariño, tan apasionado como equivocado, hacia su hijo único.

Los tres, aunque el perrito, como ser irracional, no era culpable, sino víctima, estaban unidos por un mismo lazo invisible: la inconsecuencia, la falta de decisión, la ausencia de voluntad para aplicarse a sí mismos lo que sabían, lo que veían que en otros daba un resultado excelente.

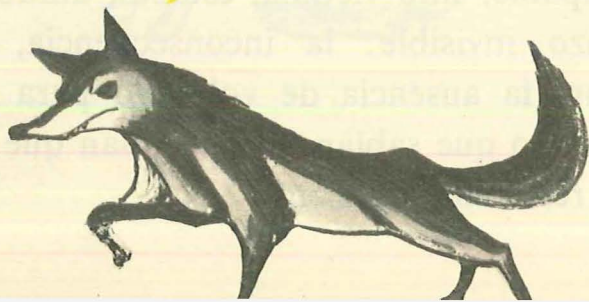
Eran un caso típico de esos en que el cariño es el que mata. Por falta de voluntad, de querer de verdad. No lo que agrada, lo más sencillo. Sino lo que se deba hacer.

Esta firmeza, esta decisión, es la que les faltaba a la madre con Julio y a Julio con «Débil» en algo tan importante como es la alimentación. Eran tres débiles, por dentro y por fuera, de cuerpo y de ánimo, aunque sólo el perro era el que llevaba el nombre.

El leñador y Carlos, que aunque de muy distinta edad eran semejantes, fuertes de cuerpo y de espíritu, consiguieron conciliar el sueño después de tomar esta decisión, cada uno con el centro de su imagen:.

Carlos pensó que al día siguiente, al ver a Julio en la escuela, le propondría el cambio de perros, pues su «León» ya estaba adiestrado y no sucumbiría a las «debilidades» de Julio.

El leñador decidió que, valiéndose de un buen amigo suyo y de los padres de Julio, advertiría a éstos el peligro en que se encontraba el niño, más enfermo de gravedad, a causa de su debilidad, que el propio perro.





## EL DESEO QUEDA FRUSTRADO



El día siguiente, el leñador y Carlos, cada uno por su lado, pusieron en práctica sus deseos de salvar de la muerte a Julio y a «Débil».

Carlos, apenas vio llegar a Julio al patio de la escuela, se acercó para proponerle, aunque le costaba mucho hacerlo, el cambio de «León» por «Débil».

—Ni muchísimo menos —le contestó Julio—. Ahora voy a cuidar a mi perro mejor que tú a «León». No. No puede ser. «Débil» no tendría en tu casa las condiciones ni la comida que tiene conmigo.

Carlos le insistió varias veces, obteniendo siempre la misma negativa de Julio, que creía ilusamente que «Débil» se pondría mucho más fuerte que «León».

Lo mismo le ocurrió al señor Juan con el vecino que acudió a buscar para que transmitiese, con la mayor habilidad, a los padres de Julio lo que él había podido apreciar en el niño. El vecino convenció al anciano de que, aunque era verdad lo que decía, nada se podía hacer, pues los padres lo atribuían a que el niño era fino y esbelto y que la alimentación que daban al niño era más que suficiente.

## DE MAL EN PEOR

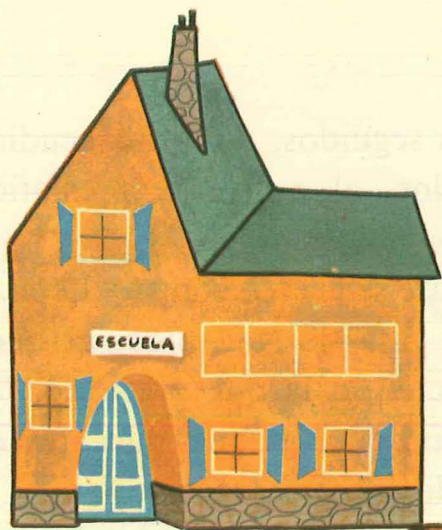
**P**ASARON ocho días y las cosas iban cada vez peor. Julio seguía sin hacer caso de las enseñanzas del maestro, y se limitaba, ante la desesperación condescendiente de sus padres, a comer chucherías de esas que no nutren y se sentía inapetente, sin fuerza de voluntad para decidirse ante la leche, la carne, las verduras y las frutas, los auténticos y verdaderos alimentos.

Julio, aunque queriéndolo mucho, daba a su perro las mismas golosinas que le gustaban a él.

Así las cosas, Julio estaba cada vez más débil, pronunciándosele más los huesos, y con unas ojeras que no le cabían en la cara. No tenía fuerzas para nada. En el colegio, durante el recreo, no podía jugar porque se cansaba. No podía pertenecer a ningún equipo de deportes. Nadie quería jugar con él.

«Débil» cada vez lo era más. Como su dueño, cada día estaba más esmirriado y flaco. No tenía más que huesos. Su presencia se iba haciendo cada vez más desagradable. Todo el mundo huía de él y, como el pobre «Débil» parecía comprenderlo, él se apartaba de la gente, y, sobre todo, de los niños. No jugaba ni saltaba. Daba pena verlo.





## JULIO Y «DEBIL», GRAVISIMOS



URANTE tres días seguidos, Julio no acudió a la escuela. Carlos, al no verle, presintió que se acercaba lo irremediable.

Nada más terminar la clase se acercó con su «León» por los alrededores de la casa de su amigo, al que quería de verdad. Una vecina, a la que preguntó, le dijo que Julio estaba gravísimo, y que durante la mañana ya había venido dos veces el médico.

Indagó sobre «Débil» y supo que al animal, medio muerto, le habían sacado al corral, dejándole prácticamente abandonado. Ahora sólo interesaba salvar al niño, que había perdido el conocimiento y sus padres no hacían más que llorar.

Aquella tarde, Carlos tampoco fue a la escuela. Con autorización de los padres, fue a la casa de madera del bosque a informarle al leñador.

El señor Juan quedó consternado al ver confirmados sus presentimientos. Sin perder un minuto, dejando el hacha junto al árbol que estaba podando, marchó al pueblo con Carlos, a los que precedía «León», que parecía animarles en su decidido empeño de salvar al niño y a su hermanito «Débil».

El leñador y Carlos, al ver la puerta abierta, entraron hasta la habitación donde, inconsciente, sin darse





cuenta de nada, estaba el niño enfermo. «León», en silencio y expectante, quedó a la puerta sin entrar.

Los padres, al verlos, se fueron hacia ellos llorando. Les agradecieron mucho la visita y les refirieron la gravísima enfermedad de Julito, y cómo el médico les había recomendado que al niño no debía impresionársele.

El leñador y Carlos, muy emocionados, consolaron a los padres de Julio, y cuando se disponían a salir de la habitación, Julito se movió en la cama y con voz muy tenue y casi imperceptible, en pleno delirio de la fuerte fiebre, decía:

—Pobre «Débil». ¿Está muy fuerte mi pobre «Débil»?





## LEÓN» AYUDA A SALVAR A «DEBIL»



IENTRAS los padres acudían para atender a Julio, el leñador y Carlos salieron hacia la calle. No querían que pudiese verlos u oírlos el niño para no impresionarle.

Ya en la calle, «León» se acercó a ellos, husmeándoles como si quisiera averiguar lo que pasaba dentro, sin ser correspondido por ninguno de los dos.

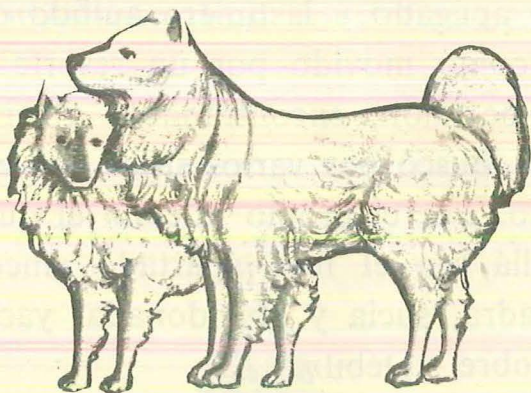
Estaban los tres quietos e inmóviles, sin saber qué hacer, junto al gran portalón del corral, cuando oyeron un apagado y lastimero aullido de «Débil».

Carlos, como movido por un resorte mágico, se dirigió al portalón, encontrándolo abierto, seguido de «León». Buscó por varios sitios, sin encontrar al otro perrito. Fue el propio «León» el que orientó a Carlos. Allá, en el más apartado rincón de una grande cuadra, sucia y abandonada, yacía, casi sin vida, el pobre «Débil».

Sin tiempo para pensarlo, metió al animal en una espuerta que estaba colgada en una de las paredes y salió con él a la calle, a la que «León» había llegado antes. Indicó al leñador que le esperase y, como si tuviese alas, volaba más que corría hacia su casa.

Después de colocarle en el cajón que había utilizado «León» como cama cuando pequeñín, le pre-

paró un buen biberón de leche, el que había conservado de «León» y, quieras que no, se la hizo beber a «Débil» hasta no dejar ni gota, y le tapó hasta la cabeza con varias mantas viejas. Así no oirían sus padres sus lastimeros aullidos, y al mismo tiempo, esperaba que, aislado del frío, podría reaccionar su organismo.





## TODO EL PUEBLO, INTERESADO POR JULIO Y «DEBIL»

**P**RESTADOS estos primeros auxilios, volvió con «León» al lado del anciano. Estaban con él varias vecinas, que comentaban el triste caso del niño y del perro, poniendo como contraste el comportamiento admirable de Carlos y «León».

Llegado el niño, quedaron en silencio, mientras a lo largo vieron acercarse al médico, que entró en la casa. Al salir, les tranquilizó comunicándoles que Julito había experimentado una ligera mejoría y que confiaba en su recuperación.

Ante estas buenas noticias, se disolvió el corro de vecinos. El leñador entró a consolar a los padres de Julio, y Carlos, al desaparecer «León», marchó a su casa, donde suponía que estaba junto a «Débil».

El anciano, al salir de casa de Julio, se encontró con los padres de Carlos, que iban con sus hijos más pequeños a interesarse también por el enfermo.

Cogiéndoles en un aparte, sin que se enterasen los pequeños, distraídos con una bicicleta que pasaba, les refirió el señor Juan la última acción de Carlos y les rogó que no se diesen por enterados que «Débil» estaba en el zaguán de su casa, pues confiaba que también se pudiera salvar el animal.

## UNA ETAPA MUY DURA PARA CARLOS



ASARON seis o siete días, tristes y lluviosos, durante los cuales Julio y «Débil» eran el centro de las conversaciones en el pueblo, y de nuevo salió el sol... para Julio y para «Débil».

Julito había empezado a comer y a sentarse un poquito en la cama, y «Débil», que se había tragado más biberones que pelos lacios tenía, empezaba a asomarse, sin que le viesen, por el zaguán.

Ahora eran Carlos y «León» los que estaban agotados de tanto ir y venir de una casa a otra, entre las que mediaban más de dos kilómetros, para atender a Julio y a «Débil».

A éste, pues sólo se decidía a comer la comida normal de los perros, hasta que León, con cara feroche, le enseñaba los colmillos, y a Julio, ya que el anunciarle que se marcharían era un estímulo para que comiese lo que nunca había querido comer.

Carlos, además, tenía que atender normalmente a sus deberes escolares, pues le gustaba no faltar a la escuela y ayudar a su padre en el huerto y la granja.

Fue una etapa dura, de casi un mes, pero llevada con gozo y entusiasmo creciente, ya que su sacrificio, sin que lo considerase Carlos como tal, había conseguido salvar a Julio y a «Débil».





## JULIO Y «DEBIL» RECOBRAN LA SALUD



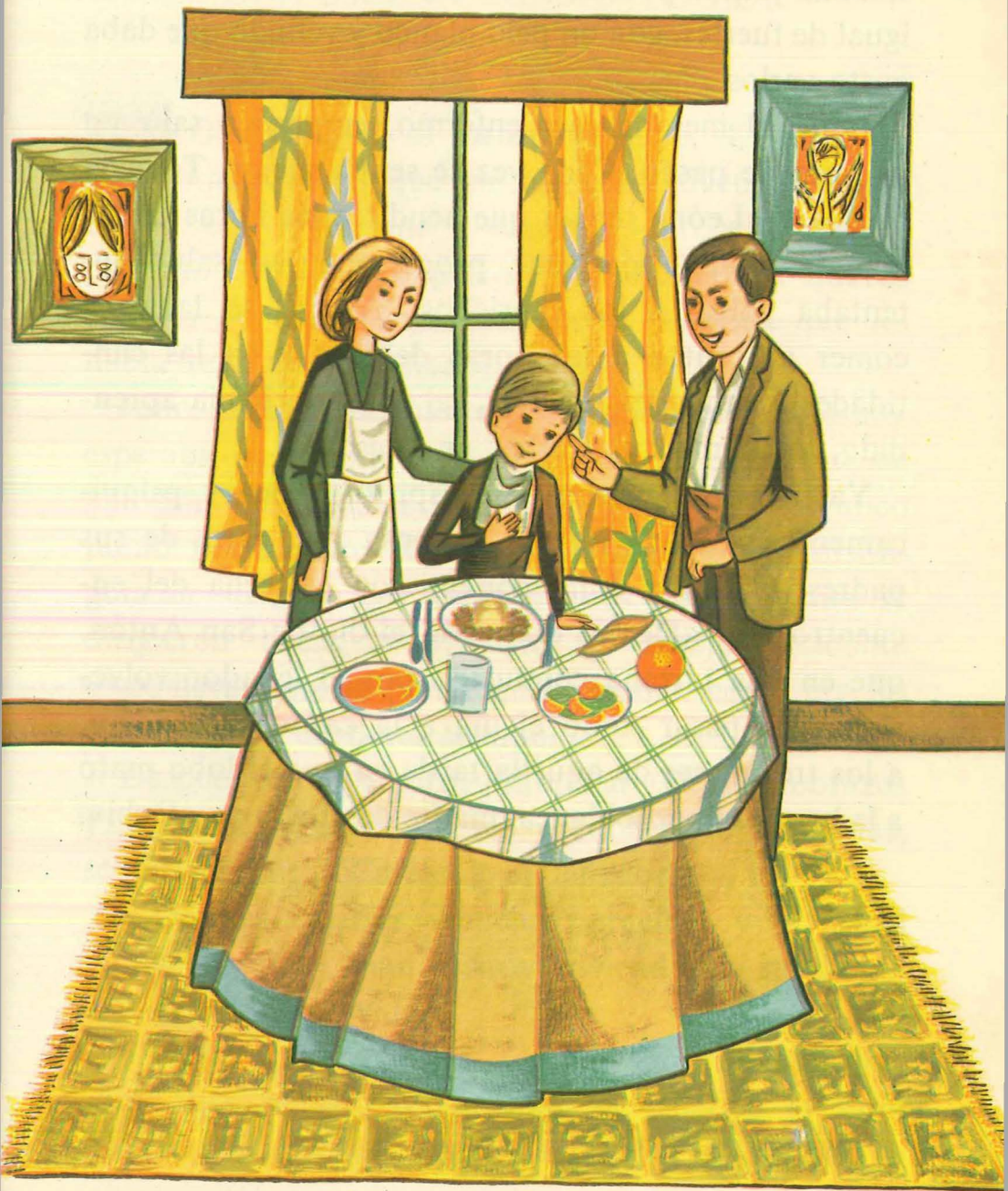
COMPASADAMENTE, Julio y «Débil» fueron recuperando la salud. «Débil» una vez persuadido de que no le quedaba otro remedio que comer lo que le echasen, empezó a pasarlo por lo grande.

Dejó de sentirse cohibido y, con el consentimiento de los padres de Carlos, empezó a corretear por el corral y toda la casa, haciendo las delicias de los hermanitos de Carlos. Lo único que se le prohibía, hasta que estuviese totalmente restablecido, era ir a casa de Julio, orden que «León» vigiló con todo rigor.

Ya no le llamaban «Débil», sino solamente «Debi», porque les debía la vida. Le habían quitado la / final desde que empezó a ensanchar y a engordar. Carlos tenía la ilusión y esperanza de que, cuando Julio, al cabo de mes y medio, saliese a la calle, «Debi» estuviese como «León».

Pero no pudo conseguirlo. El mes largo de mala crianza no puede recuperarse. Fue un daño irreparable. «Debi» creció mucho, pero «León» siguió creciendo más. Los dos hermanitos alcanzaron su desarrollo total. «Debi» se quedó a la mitad. Cuando





estaban juntos parecían perro y medio. Pero estaban igual de fuertes, con un pelo blanco y velludo que daba gusto verlos.

Julio, al mes de caer enfermo, empezó a salir un poquito de paseo. Cada vez se sentía mejor. Todavía Carlos y «León» tenían que acudir a las horas de las comidas, pues conforme progresaba su salud intentaba volver a los caprichos. Al fin, se lanzó a comer alimentos a las horas debidas y en las cantidades y calidades precisas, tal como lo había aprendido, lo mismo que Carlos, en la escuela.

Ya fuerte de cuerpo y de espíritu, física y psíquicamente, con una alegría inmensa por parte de sus padres, Carlos y Julio convinieron la fecha del encuentro con «Debi», que sería el día de San Antón, que en una tartana conducida por el leñador volverían para pasar todo el día a la casita de madera, a los tres meses de aquella tarde en que el lobo mató a la hermosa perra blanca, madre de «León» y «Debi».





## UNA ESCENA CONMOVEDORA



CONFORME se pensó se hizo. El anciano, más jovial que en sus años jóvenes, acudió con la tartana a casa de Julio, y Carlos se presentó con los dos perros, que estrenaban nuevos collares de cuero rojo con clavos dorados que les había regalado el leñador.

Julio, mucho más fuerte que cuando cayó enfermo, esperaba impaciente a la puerta de su casa. Fue de emoción en emoción. La más fuerte, de auténtico júbilo y alborozo, al llegar «Debi». Sólo se distinguía de «León» por la talla. Los dos animales se dirigieron hacia Julio. Este les acariciaba como loco, llevándose la preferencia «Debi», como era lógico después de tanto tiempo.

Después del encuentro, Julio, con «Debi» en brazos y «León» tirándole de los cordones de las botas, se dirigió hacia Carlos y el leñador.

—Gracias, Carlos, muchas gracias, y a usted también, señor Juan. Estoy viviendo el momento más feliz de mi vida.

—Pero no lloras, Julio —le dijo en broma Carlos, como queriendo advertir ante el leñador la gran transformación de su amigo, no sólo en lo que se





veía en su cuerpo, sino también en lo que no se puede ver, en su espíritu, en su nuevo carácter.

—Estoy llorando por dentro, que es el llanto más sentido y profundo que tienen los hombres.

Y soltando a «Debi» se abrazó con toda su alma a Carlos, permaneciendo así durante varios minutos.

El que estaba llorando a lágrima viva, con los dos perros sujetos por los collares, era el bueno del señor Juan. Al fin, sorbeteando el lagrimal, dijo a los niños:

—Vamos, vámonos, que la casita del monte nos espera. ¿No véis que estáis haciendo llorar a todo el pueblo?

Efectivamente, como por una llamada misteriosa, todos los vecinos estaban agolpados en los balcones, ventanas y puertas de las casas de la plaza, los mismos vecinos que durante diez días estuvieron pendientes de la suerte de Julio y que ahora sabían valorar este abrazo tan espontáneo como prolongado.

Los dos niños, como avergonzados, corrieron hacia la tartana, y tras ellos, «León» y «Debi». El anciano fue más despacio, pues se recreaba viendo que no había sido el único en este concierto de simpatía y cariño. Ya en la tartana, con las riendas de la mula en las manos, engalló su voz, diciendo para ser oído por todos:

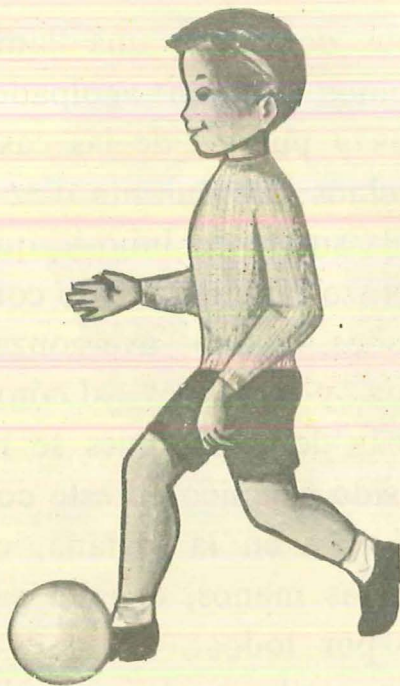
—Arre, arre, mula torda, que llevas la carga más preciosa de tu vida.

## UN DIA FELIZ EN EL MONTE



ILENCIAMOS lo que pasó en el monte, un día soleado de enero, el día de San Antón, junto a la casita de madera, porque os lo podéis imaginar. Fue un día... en que los dos perritos pasaron a la historia... del pueblo de Mugrientos.

No os sorprendáis. Veréis cómo es verdad lo que os digo.





## «LEÓN» Y «DEBI», EN LA ESCUELA



ULIO reanudó al día siguiente su vida normal. Volvió a la escuela. El maestro rogó a Julio y a Carlos que trajesen a «León» y «Debi», pues ese día serían el máspreciado material de enseñanza. A los pocos minutos, ante la expectación y júbilo de los niños, «León» y «Debi», asustados y con cara de pocos amigos, entraron en el aula.

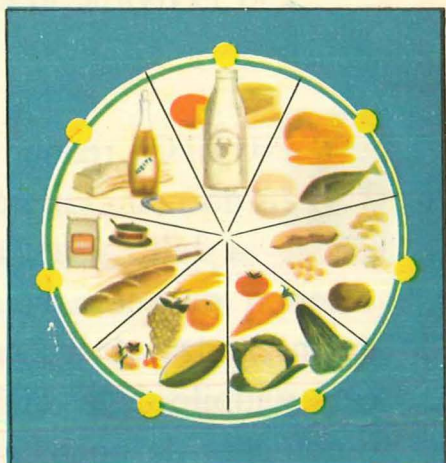
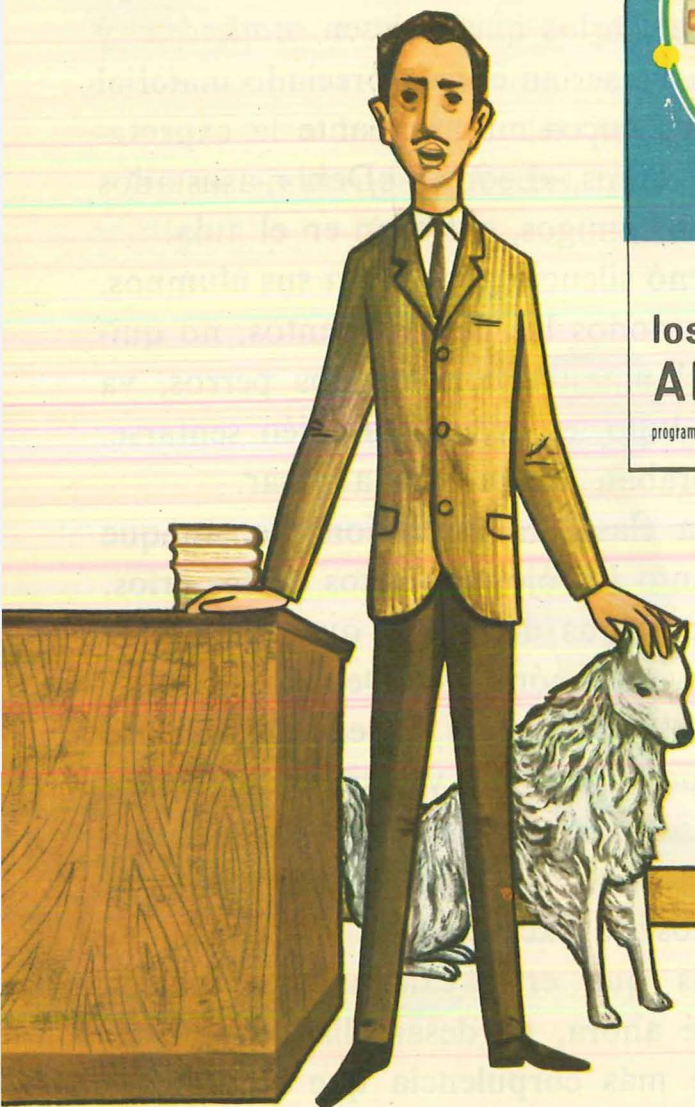
El maestro ordenó silencio absoluto a sus alumnos. Los 50 ó 60 niños, todos los de Mugrientos, no quitaban sus ojos del maestro con los dos perros, ya que a Carlos y a Julio les ordenó también sentarse. Ellos mismos ignoraban lo que iba a pasar.

El silencio en la clase era impresionante, aunque nunca hablaron tanto los ojos inquietos de los críos. Sólo se oían las palabras de cariño que el maestro estaba prodigando a «León» y «Debi».

Al fin alzó a uno sobre la mesa, al pequeño «Debi», y después al robusto «León», y, sujetándolos para que no se escapasen, empezó a decir a los niños.

—Todos los conocéis. No hace falta presentaros a nuestros invitados de excepción.

»También sabéis que eran exactamente iguales al nacer. ¿Por qué ahora, ya desarrollados, uno es más fuerte y tiene más corpulencia que el otro?



los **7** grupos de  
**ALIMENTOS**

programa de EDUCACION EN ALIMENTACION Y NUTRICION



SEAN



## LA GRAN LECCION DE LOS DOS PERROS



IGO sin que la digáis vuestra respuesta. Pero no basta. Quiero vuestra convicción: una decisión firme y decidida.

»Llevamos un año trabajando juntos. Vosotros primero y por vosotros vuestros padres después se extrañaron de esta nueva enseñanza de la alimentación.

»No he querido hacer comparaciones entre vosotros para evitar disgustos con vosotros y con vuestros padres. Pero aquí tenéis, en estos dos perros hermanos, «León» y «Debi», los efectos de una equilibrada y de una caprichosa alimentación.

»Hoy sois niños, pero dentro de diez años seréis los hombres de Mugrientos. Si vosotros sois fuertes, vuestro pueblo será potente y hermoso. De otro modo, Mugrientos seguirá siempre igual. Los pueblos no son las casas ni las tierras. Son los hombres.

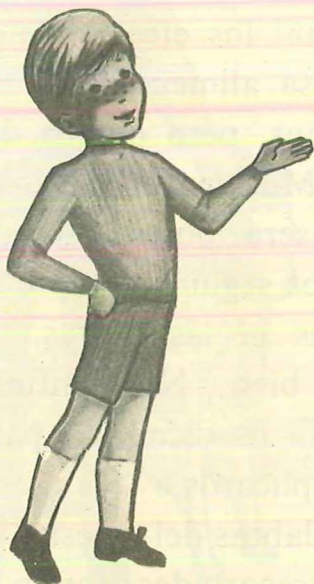
»Entendedme bien. No confundáis mis deseos. «León» y «Debi» os dicen sin palabras lo que yo no acerté a explicaros.»

Las últimas palabras del maestro salieron como tartamudeantes, entrecortadas por la emoción. «León»

y «Debi», tan pronto como les soltó, saltaron de la mesa al suelo y fueron en busca de sus amos.

Estos, lo mismo que los demás niños, aplaudían acaloradamente a su buen maestro, y todos a una corrieron a su lado. Todos, con aplomo y decisión, decían lo mismo:

—Seremos fuertes y haremos fuerte a nuestro pueblo. Hemos comprendido y nos aplicaremos la lección de «León» y «Debi».







## UN MONUMENTO ORIGINAL



**D**ESDE aquel día, la escuela se convirtió en el centro del pueblo. Cada alumno era un altavoz en cada casa de las enseñanzas y consejos del maestro... y también de la maestra.

Muchos niños y niñas fueron a estudiar, a ampliar estudios a la capital, y al volver los aplicaron en los campos, en las industrias, en los animales.

Al cabo de unos años surgieron pequeñas y grandes fábricas. Se ganaba mucho dinero. Se urbanizaron las calles, se edificaron grandes casas. Mugrientos creció y se desarrolló, en fin, como «León».

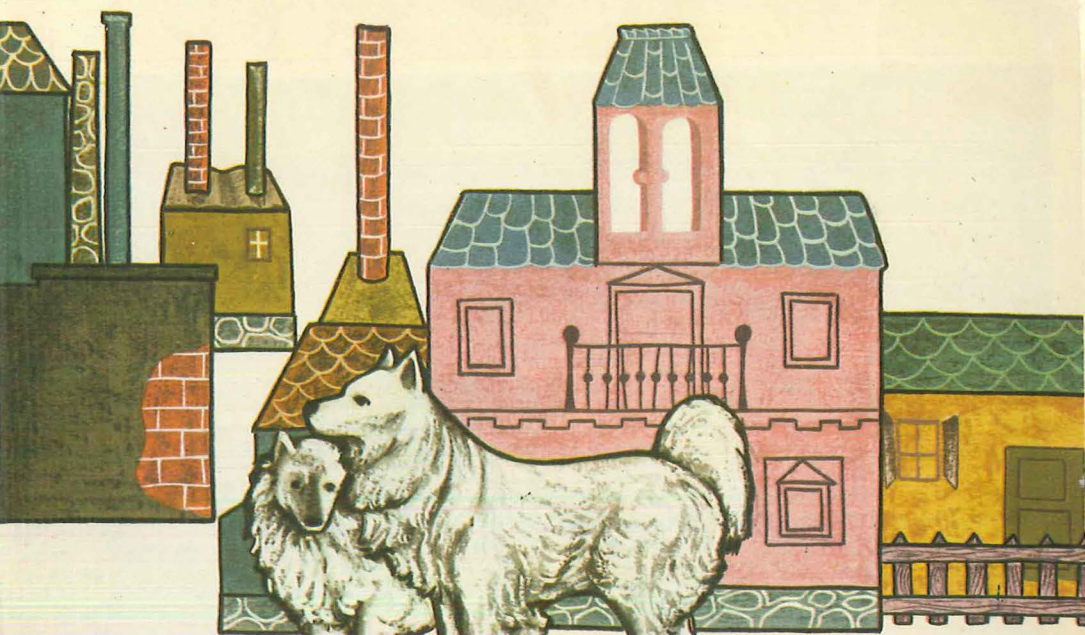
Carlos llegó a ser el alcalde y Julio el párroco. Los dos, juntos con los compañeros de escuela, ya hombres hechos y derechos, hicieron de Mugrientos el mejor pueblo de la provincia.

Se pusieron fuentes con juegos de aguas y se levantaron monumentos... y se abrevió el nombre del pueblo. Ahora se llama GRIENTOS.

Uno de los monumentos, en el centro de la plaza Mayor, y que al verle causa extrañeza y después admiración, está dedicado a dos perritos: Uno, fuerte y corpulento, y otro, más pequeño y reducido.

En la parte más destacada del pedestal puede leerse esta inscripción, escrita en letras de bronce:





" A LEON Y DEBIL

LOS DOS PERRITOS HERMANOS  
EN CUYA DIFERENCIA LA CIUDAD  
DE **ORIENTOS** ENCONTRO  
LA CAUSA DE SU DECADENCIA  
Y EL ORIGEN DE SU GRANDEZA"

BIBLIOTECA  
E. U. MAGISTERIO  
C - REAL



4528242 Tit. n°:543400

UCLM, E.U. de Magisterio (CR)



P. V. P.: 35 ptas.